

La "Silla de Felipe II" en El Escorial: un mito que se renueva

Alicia M^a Canto.
Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM

Seguro que todos estuvimos de pequeños en la "Silla de Felipe II" –uno de los más bellos y pintorescos lugares que conozco– y que a todos, después de ver el monasterio, nos contaron la historia de que en aquellos grandes y bravos cantos se había hecho Felipe II construir un mirador con un trono para cuando, incluso gotoso, quería vigilar la marcha de las largas obras (1563-1584) de su enorme complejo de San Lorenzo de El Escorial. Las vistas desde este lado sur del quizá más grande panteón que nadie en el mundo haya erigido a la memoria de su padre (ya que sin duda éste fue, no el único, pero sí el principal motor del monarca para construirlo) son lejanas pero bellas, recortándose su mole de granito algo vagamente sobre los hoy áridos fondos de los altos picos serranos de San Juan de Malagón y de Abantos.

Pero la "Silla" probablemente precedió en unos veinte siglos al gran rey cuyo IV centenario (falleció allí mismo, el 13 de septiembre de 1598) se acaba de conmemorar. Y no parece, desde luego, que fuera precisamente una silla. En una de mis visitas, sólo hace un tiempo, me di cuenta por primera vez de que la vista desde allí hasta el monasterio era auténticamente remota, y de que aquello de que el rey pudiera desde allí "vigilar el trabajo de los obreros sin ser visto por éstos", como algún autor añejo escribió, era simplemente imposible. Por otro lado, la perspectiva del edificio es en exceso rasante, y no permitiría apreciar posibles problemas de planta o efectos, luminicos o de otro tipo. Con esta suspicacia interna retomé dos detalles que, éstos sí, de siempre me habían chocado: El pequeño tamaño y la extraña disposición de los supuestos asientos (un rey de dominios inabarcables podría ciertamente haberse hecho labrar un asiento, si no más cómodo, al menos algo más amplio), y el número de oquedades intencionadas que, aquí y allá, se podían observar.

A partir de estas incoherencias me planteé ya una investigación más a fondo, que me exigió una costosa navegación entre la ingente bibliografía acerca del monasterio y su construcción, desde los documentos más antiguos (cédulas e instrucciones del propio Felipe II, relatos de Jean de l'Hermite, Fray Josef de Sigüenza o Rubens), a los análisis más recientes de Prieto Granda, Bustamante, Sánchez Meco o Cano de Gardoqui. Pude comprobar que, en efecto, no podía encontrar una sola referencia acerca de la famosa "Silla": El rey venía aquí a "La Herrería" a cazar o a pasear, pero cuando quería observar el avance de las obras subía siempre –como era más lógico– a Abantos o a San Juan, ambas alturas más cercanas y casi a pico sobre el edificio. Simultáneamente, una larga rebusca de láminas, dibujos o fotos antiguas me llevó a comprobar el aspecto tan viejísimo y desgastado que, a comienzos de este siglo que ya se acaba, presentaban las dobles escalerillas y toda la plataforma en general.

Los sucesivos acondicionamientos del lugar y los muchos retalles y retoques del granito han ido enmascarando con el tiempo el entonces muy vetusto aspecto del conjunto, que comenzó a recordarme con fuerza los bastantes santuarios rupestres con altares escalonados y oquedades que distintos pueblos prerromanos de estirpe céltica



Vista lateral de la "silla", donde se aprecian grandes restauraciones

tica tallaron en muchos lugares de la mitad norte peninsular para rendir culto y ofrecer holocaustos a sus dioses. La búsqueda de paralelos no me fue difícil, porque acabo de dedicar unos años al estudio de otros aspectos del mundo celta, y tenía recientes las visitas y lecturas de lugares como la antigua Ulaca (Solosancho), El Raso (Candeleda, también en Ávila) o Panóias (Vila Real, Portugal, este recién reestudiado por mi maestro en Heidelberg, Géza Alföldy). El complejo de Panóias, orientado al N-NE como en El Escorial, y con la misma curiosa forma abarquillada (como también Novás, Portela o Vilar de Perdices), lo creo de particular interés, porque conserva varias inscripciones romanas del siglo III d.C. explicando el rito sacrificial correcto para cada una de las oquedades (inmolación de la víctima, desangración de la misma, incineración de las entrañas, quema de otros miembros, mezcla de líquidos, lavados lustrales, etc.).

Visto ya como un conjunto sagrado rupestre, posiblemente del pueblo vetón y probablemente consagrado al Marte céltico, otros indicios presentes en la zona –y de lo más sugestivos si tratamos de alinearnos con la mentalidad antigua– han venido a reforzar a la hipótesis: Carácter fronterizo, altura y orientación adecuadas, circo granítico natural, presidencia del lugar por una "piedra caballera" de inquietantes formas, abundancia de los sagrados robles, atracción frecuente de rayos, posibilidad de ritos adivinatorios gracias a las rapaces fronteras de "Abantos", bosque espeso con osos y jabalíes (Libro de la Montería de Alfonso XI, hacia 1345), presencia de setas alucinógenas y relativa vecindad de dos aras romanas consagradas a Mars Magnus. Pude, por último, reconocer los restos de otro posible altar, más viejo y probablemente destruido de forma intencionada por los primeros cristianos, tal como prescribían –bajo amenaza de grandes penas– los cánones de los concilios toledanos XII y XVI, a fines del siglo VII d.C. Todo ello, y el carácter tan popular del monumento, me decidió a presentar un avance de los resultados, a comienzos de abril, de forma más pública de lo habitual. El eco en la prensa ha sido grande y de agradecer (aunque en algunas transcripciones me ha costado trabajo reconocer mis propias palabras o ideas). Ahora viene el más pesado trabajo de la presentación científica, que debe de ir –e irá– sólidamente apoyada. Debería seguirse también alguna actuación, de la Comunidad de Madrid, del Patrimonio Nacional o del Ayuntamiento de San Lorenzo, para una mejor protección del lugar. Quizá alguna futura prospección o excavación en el entorno pueda probar alguno de los aspectos propuestos, aunque lo considero por lo menos difícil.

Entre 1500 y 2000 años podemos envejecer ahora la sólida fama de El Escorial como lugar consagrado a una divinidad. Lo que ya nunca sabremos es si cuando Felipe II decidió poner este Real Sitio bajo la ad-

vocación del primer mártir hispano –San Lorenzo–, por haber ganado en su festividad la famosa batalla de San Quintín (10-8-1557), o cuando señaló el día de san Jorge –guerrero y matador de dragones– para poner la primera piedra del monasterio (23-4-1563) sabía o no que, muchísimo antes, un dios de los temas bélicos había recibido allí mismo otras muy distintas ofrendas y oraciones... En todo caso, confío en no haber contribuido a la destrucción de un mito, sino acaso sólo a su renovación.